nitivamente destruida. "Sólo que no pienso que sea necesario sustituirla con la de la traición de Maximiliano hacia sus generales. La misión de que fue encargado López, era de un príncipe humano, pero débil, que no sabía imponer su voluntad. Maximiliano no traicionó a nadie: impidió un espantoso holocausto inútil".*

Queda un hecho turbador: López, durante la invasión norteamericana de 1847, traicionó a su patria.

* El señor González Montesinos, profesor honorario de la Facultad de Letras de la capital de la República Mexicana, nieto del coronel José Montesinos (republicano), primo-nieto del coronel Mariano Miramón (hermano del general ejecutado con el emperador), sobrino segundo del general Santiago Montesinos (imperialista), ha estudiado largamente la historia del imperio y su opinión es autoridad en la materia. Para él, la traición de López es indudable. No cree en un plan preparado entre López y Maximiliano. Tiene la convicción de que éste había tomado el partido de morir y que tenía prisa por terminar con todo. (Comunicación del señor Jean Castaingt.)

XIX

"ESO ES TODO" *

CUANDO EL GENERAL, cortésmente, lo calificó de Majestad, Maximiliano observó "que ya no era emperador, dado que había abdicado de este título en la capital, ante su Consejo de Gobierno". Expresó luego el deseo de ver al general Escobedo. Avisado éste, llegó poco después rodeado de numerosos oficiales. Maximiliano dio unos pasos hacia adelante, lo saluda y saca su espada que entrega a su adversario. Visiblemente molesto, Escobedo la toma y la entrega a uno de sus acompañantes, el teniente coronel Platón Sánchez. Luego, como el emperador le expresara su deseo de tener una conversación particular con él, le propone ir a una tienda levantada no lejos de allí. Frente a frente, ambos hombres permanecen silenciosos. Finalmente, Maximiliano se decide a hablar.

Declara haber enviado su abdicación en marzo, refrendada por un ministro, al presidente del Consejo de Estado, José Lacunza, a fin de que fuese publicada si era hecho prisionero. Una copia de esta pieza se encuentra entre los papeles que se le han tomado en la Cruz. Desea que no se derrame más sangre. ¿Se le permitirá dirigirse bajo escolta a un puerto desde donde pueda embarcarse para Europa, dando su palabra de que nunca regresará a México? Si no, que sea él la única víctima. Pide que se trate bien a su séquito, porque, dice: "esas personas me sirvieron con lealtad en los peligros

* El 31 de enero de 1864, al escribirle a su abuela la reina Amelia, que la disuadía de aceptar el trono de México, Carlota, hablando de Max, decía "Busca en qué estar *ocupado;* eso es todo".

y la inestabilidad de mi situación". Escobedo le responde que no puede comprometerse a nada; le trasmitirá a su gobierno los deseos del emperador. En tanto que se toma una decisión los prisioneros serán tratados según las leyes de la guerra.

Por telegrama, Escobedo le anuncia su victoria a Juárez que se encuentra entonces en San Luis Potosí. Unos días más tarde, el 21 de mayo, el ministro de Guerra envía sus instrucciones. Instrucciones muy severas respecto de Maximiliano y de los generales Miramón y Mejía. Invocan la ley del 25 de enero de 1862 "que define los crímenes contra la Independencia y la seguridad de la nación, contra el derecho de gentes, contra los derechos individuales, la paz pública y el orden". El ministro recuerda todos los actos de Maximiliano que, según los términos de esta ley, transforma en crímenes. Añade que el artículo veintiocho que estipula el castigo, puede ser infligido con la simple comprobación de la identidad de los culpables cuando son sorprendidos en flagrante delito o en un encuentro de guerra. "Como en el caso presente se hallan las dos circunstancias a la vez, la notoriedad de los hechos bastaría para darnos el derecho de actuar según estas disposiciones legislativas..." Pero el gobierno, prefiriendo recurrir a la justicia, decreta que el proceso de Maximiliano será llevado a cabo conforme a los artículos seis y once de la ley del 25 de enero de 1862. "La ley mortuoria", como la han bautizado los mexicanos.

*
* *

Se fijó un decreto en las calles de Querétaro el día 16 por la mañana: Todos los oficiales imperiales deberán rendirse dentro de las veinticuatro horas. Si no, se les fusilará en el acto. Se rindieron.

En la plaza de la Cruz el general Echegaray recibe a los prisioneros que vienen de todas partes. A los oficiales se les desmonta y deben rendir sus armas que depositan en el suelo. Se encierra a seiscientos en la iglesia. En otra parte ponen en la cárcel a Mejía, Castillo y Salm-Salm.

A petición suya, Maximiliano fue traído a la Cruz, a donde se le condujo por caminos apartados. Tan pronto como hubo llegado, Escobedo lo invitó a que señalara a las personas de su séquito que le pidieron estar en derredor de él. Pradillo, Salm-Salm, el coronel Guzmán, Blasio y el doctor Basch —respondió—. Cuando llegó a este último, Maximiliano lo abrazó llorando. Hay un momento de desfallecimiento ante el pensa-

miento del desastre. A los demás los acoge con triste sonrisa: "Me siento feliz de que todo haya sucedido sin derramamiento de sangre. Vale más así".

Físicamente, está agotado. Las crisis de disentería le provocan crueles dolores intestinales. Pero casi no puede descansar, porque numerosos oficiales liberales vienen a visitarlo. Los soldados se amontonan a sus puertas para observarlo; centenares de miradas caen sobre él. Basch, inquieto, solicita una consulta del médico en jefe del ejército juarista, el doctor Riva de Neira. Éste cree conveniente un cambio de prisión y se lo hace saber a Escobedo. El 17 de mayo cambian a Maximiliano al convento de las Teresitas del que se expulsó a las religiosas para trasformarlo en prisión. Lo acompañan el general Echegaray con su ayuda de campo y el doctor Basch, y lo escolta un pelotón de caballería. El grupo avanza por calles desiertas. Las ventanas están cerradas. La ciudad parece estar de luto.

A la entrada del convento espera el séquito del emperador bajo la guardia de los soldados, y desde el momento en que lo ven, todo el mundo se descubre. "Ni un solo monarca de la tierra puede jactarse de tener una corte como ésta", dice.

Se destinan dos piezas vacías para los cautivos. Dan a un amplio patio en donde crecen algunos árboles. Aquí hay más aire que en la Cruz, y creen que el emperador debería sentirse bien con el cambio. Ocupa una de las piezas con Basch y sus dos fieles sirvientes, Grill y Severo. La otra está ocupada por Castillo, Guzmán, Salm-Salm, Pradillo y Blasio que se proveen de colchones de fibra. Maximiliano manda comprar cobertores para que puedan protegerse de las noches frías.

Los prisioneros deberán comprar muebles y alimentos con sus propios medios. Maximiliano, Pradillo y Blasio, que no han sido registrados, pudieron guardar su oro, lo que les permite subvenir a sus primeras necesidades. Muy pronto se manifiestan en la ciudad numerosas simpatías en su favor. Reciben todo lo que necesitan. Las damas (que salen vestidas de negro desde la derrota del emperador), envían ropa. Maximiliano dice riendo que jamás ha tenido tanta. Las mujeres del mercado los proveen de frutas y legumbres. El rico propietario de una fábrica de algodón, don Carlos Rubio, cuida de que al emperador no le falte nada.

Incidentes más o menos dramáticos rompen la monotonía del cautiverio. Se le traen a Maximiliano las dos petacas que habían desaparecido de su celda en la Cruz; contienen vestidos y libros, entre estos últimos la *Historia Universal*, de César Cantú, que vuelve a ver con alegría. Un día convocan a Salm-

Salm y a Basch. ¿Se les fusilará? Sus compañeros están ansiosos. Pero, no; vuelven poco después. Se trata solamente de verificar su identidad.

Una visita conmovedora: la de Méndez, ya condenado a muerte. Presentó una petición: ver a Maximiliano antes de morir. Se le concedió. Cuenta que lo descubrieron el 19 de mayo. Habiéndose disgustado con un sastre que lo había insultado, este hombre lo entregó a los liberales. Pero, bien escondido, esperaba escaparse de éstos. En efecto, aquéllos estaban por abandonar su búsqueda cuando en cierto lugar el suelo cedió bajo sus pies. Y apareció Méndez con el fusil en la mano. Ejecución dentro de las cuarenta y ocho horas. "Vos estáis en la vanguardia, general; nosotros os seguiremos pronto", le dice el emperador. Unos momentos después, Méndez es fusilado por la espalda. Tocado por cuatro balas, no ha muerto. Se levanta, se vuelve y suplica que lo acaben de matar. Se acerca un cabo y le salta la tapa de los sesos. No podía esperar ninguna clemencia, ya que había hecho ejecutar a los generales juaristas Arteaga y Salazar.

Ese mismo día, Escobedo, acompañado del general Díaz de León y del coronel Villanueva, va a donde se encuentra Maximiliano. Todo el séquito está angustiado. ¿Le van a anunciar al emperador que seguirá la misma suerte de Méndez? Una hora de espera y los oficiales se van. Simple visita de cortesía.

Por la noche los gritos de los centinelas les impiden dormir a los prisioneros del convento de las Teresitas. ¿Qué sucede? Ha corrido el rumor de que el general Olvera marcha sobre Querétaro para libertar al emperador. Inquietos, los liberales reforzaron la guarnición y multiplicaron el número de las atalayas. Las tropas están muy agitadas.

El 20 de mayo, otro acontecimiento: la llegada de la princesa de Salm-Salm que obtuvo del general Escobedo autorización para entrar en el convento de las Teresitas. Ante su marido, sucio, sin afeitar, se pone a llorar por no desmayarse. Salm le cuenta que el emperador, enfermo, está en cama, pero que desea verla. Y ella se dirige a donde está el emperador. Por primera vez ve a Maximiliano, quien la recibe con "extrema bondad". Él le besa la mano y se la estrecha entre las suyas, y le manifiesta todo el placer que experimenta al conocerla. La interroga. ¿Qué se dice en la capital? ¿Qué piensan de Márquez? Agnès le cuenta también lo que vio y escuchó en San Luis Potosí, de donde viene, porque debió ir allá para solicitarle a don Benito Juárez permiso para venir a Querétaro. Cuando se retira, después de esta larga conversación, piensa

en los medios para lograr salvar al emperador y a sus compañeros.

Al día siguiente, nueva inquietud para el séquito de Maximiliano. El coronel Palacios, ayuda de campo de Escobedo, se presenta con órdenes de llevar al emperador ante el comandante en jefe. A pesar de su extrema debilidad, el prisionero se levanta. Cuando sale de su celda acompañado de Palacios, del coronel Villanueva, del príncipe y de la princesa de Salm-Salm, todos los oficiales cautivos se ponen de pie ante su puerta para saludarlo. Les responde con su amabilidad habitual. Tres horas de espera y, a las ocho de la noche, el vehículo los trae de nuevo. Sus compañeros no esperaban verlo regresar. Todos lo rodean, ávidos de noticias. Escobedo, dice, se mostró muy amable. Salm-Salm da detalles: el emperador propuso que enviaría órdenes para que Veracruz y la capital se rindiesen a los liberales, a fin de detener lo más pronto posible el derramamiento de sangre. Pidió que se le condujese a Veracruz para embarcarse, después de dar su palabra de honor de jamás intervenir en los asuntos mexicanos; insistió también en que se perdonase a todos los imperialistas. Se tiene la impresión de que el gobierno liberal está dispuesto a aceptar estas proposiciones. El coronel Villanueva, que ya no deja a Agnès de Salm-Salm, dijo que las órdenes relativas a los prisioneros llegarían de San Luis dentro de algunos días.

*
* *

El 22 de mayo por la tarde, Maximiliano, Salm-Salm, Basch, Blasio y los generales son cambiados al convento de los Capuchinos donde manda un oficial enemigo encarnizado del emperador. Pasan la primera noche en las criptas húmedas, sombrías, lúgubres. Las paredes están cubiertas de inscripciones: los nombres de los monjes que están enterrados allí. Los prisioneros duermen en el mismo suelo entre las tumbas.

Al día siguiente les dan celdas en el primer piso, que se abre hacia un vasto patio en donde crecen naranjos. La del emperador, sin puerta ni ventana, tiene dieciséis pies cuadrados. El suelo está embaldosado. Por todo mobiliario, un catre de campaña y arriba de él se colgó un crucifijo, unas cuantas sillas y, mala señal, una mesita de caoba con dos candeleros de plata: es el mobiliario de los condenados a muerte. Miramón y Mejía ocupan una celda vecina. Las puertas permanecen abiertas. Ante cada una de ellas, un centinela.

Maximiliano se pasea a veces en el patio acompañado de Blasio. Hace proyectos para el porvenir. Cree que el gobierno de don Benito le permitirá regresar a Europa. "Vendréis conmigo, le dice a su secretario; en primer lugar a Londres. Permaneceremos allí durante un año. Haré que me lleven mis papeles de Miramar y escribiremos la historia de mi reinado. Iremos después a Nápoles, alquilaremos una casa en uno de esos magníficos barrios que rodean la ciudad desde donde se tiene vista al paisaje y hacia el mar. A bordo de mi yate *Ondina* haremos pequeños viajes a las islas de Grecia, a Atenas en la costa turca, con Basch, el viejo Bilimek y cuatro criados. Más tarde, pasaré el resto de mis días en medio del Adriático en mi isla de Lacrona. Cuando el tiempo haya calmado las pasiones políticas y extinguido los odios de partido, si queréis venir a México, os daré suficiente dinero para casaros y vivir con vuestra familia. Si preferís permanecer en Europa, os hallaré un buen puesto en alguna legación".

Maximiliano tiene de nuevo esperanzas. Y vuelve a aquella idea que lo obsesiona desde que aceptó el trono de México: entenderse directamente con Juárez. El 26 de mayo, le escribe: "Señor presidente, deseo conversar con usted a propósito de algunos asuntos graves y muy importantes para el país. Lo amáis demasiado para rehusarme la entrevista que os pido. Estoy pronto para ponerme en camino, a despecho de los sufrimientos que me causan mis enfermedades..." Pero Juárez responde por medio del ministro de Guerra que tal conversación es imposible, por causa de la distancia y de los aplazamientos perentorios del juicio.

De hecho ya le ha ordenado a un consejo de guerra que empiece la instrucción del proceso contra Maximiliano, Miramón y Mejía. Un procurador, el joven coronel Manuel Aspiroz, va el 25 de mayo a la prisión. Durante muchas horas se somete al emperador a un verdadero interrogatorio. Pero, excepto las preguntas relativas a su identidad, Maximiliano se rehúsa a responder, arguyendo que todas las demás son de orden político y que no puede reconocer la competencia de un tribunal militar para juzgar sus actos en ese dominio. El procurador insiste: si continúa en su negativa, se considerará que admite como justificadas las acusaciones formuladas contra él. La amenaza no conmueve a Maximiliano, el cual permanece silencioso.

Llamó en su ayuda a los ministros extranjeros. Seguramente Europa intentará salvarlo. ¿Cómo podría permanecer indiferente a su suerte? Y los diplomáticos también acudirán en su ayuda.

Agnès de Salm-Salm, por su parte, prepara un plan de evasión. Ha hecho amigos entre los liberales, muy sensibles a los encantos de esta hermosa joven de cabello pardorrojizo, uno de cuyos largos bucles cae sobre su hombro izquierdo. El coronel Villanueva le ha confiado un secreto. "El asunto llega a su desenlace y nada podrá salvar al emperador sino la fuga". Agnès reflexiona que ante todo hay que ganar tiempo. ¿Quién ira a implorarle a Juárez para que conceda un aplazamiento? Ella. Pero necesita el permiso del emperador. Pasada la medianoche se presenta en los Capuchinos, obtiene autorización del oficial de guardia para ver a Maximiliano y despierta a Salm, quien la conduce hasta él. Discuten. El mismo coronel Villanueva escribe la petición para Juárez, el emperador la firma y le recomienda a la princesa que no entregue ese pliego sino a don Benito en persona. A la una de la mañana Agnès va a casa de Escobedo porque quiere que éste le dé una carta para el presidente y animales de tiro para hacer el viaje. A las cinco de la mañana se pone en camino y, dos días después, por la tarde, llega a San Luis. Tiene constantemente ante sus ojos "el melancólico rostro del augusto mártir de Querétaro" y su mirada de gratitud. Sin perder un minuto —pues los minutos son preciosos—, se precipita a ver al presidente. Está en consejo de ministros. Imposible molestarlo. ¿Puede dejar el mensaje? Se le entregará a don Benito. No. No puede entregárselo sino al presidente en persona. Finalmente, Juárez le manda decir que la recibirá al día siguiente en la mañana a las nueve.

Lee la carta que trae Agnès y objeta que la fecha del proceso es fijada por la ley; lamenta no poder cambiarla. Entonces ella, con todo su corazón, aboga por la causa de Maximiliano. ¿Qué opinará el mundo civilizado si el gobierno mexicano actúa con ese apresuramiento cruel? Es cosa "bárbara" fusilar a un prisionero sin incluso darle tiempo para asegurar su defensa. Por otra parte, Maximiliano no debería ser "tratado como un traidor", puesto que ha venido "con toda buena intención con la convicción de que había sido electo y llamado por el pueblo mexicano".

Juárez escucha. Entonces ella le suplica que no le responda de inmediato. Ella vendrá esa tarde a escuchar su respuesta. Cuando regresa a las cinco de la tarde, se le notifica que fue concedido el aplazamiento. Se telegrafiará la orden a Querétaro. Emprende la princesa el regreso en esa misma noche negra, bajo torrentes de agua que apagan las antorchas. En algunos lugares es preciso caminar a pie en el camino hundido cuyas piedras desgarran sus pequeñas zapatillas.

Sin incluso tomar tiempo para cambiarse, con el rostro sucio, tembloroso de fatiga, corre, tan pronto como llega, a los Capuchinos. Maximiliano tiene visitas. En el momento en que la ve, se acerca a ella y le pregunta en un murmullo: "¿Qué dijo Juárez?" "Concedió el aplazamiento", responde ella en el mismo tono. Se siente "muy feliz y muy orgullosa de ella misma".

Es preciso ahora aprovechar ese aplazamiento. Salm logra convencer al emperador, en primer lugar "horrorizado", de la idea de "fugarse". Siempre indeciso, se interroga. ¿Es digno de él recurrir a tal medio? ¿Y no será inmediatamente reconocido por esa larga barba rubia que únicamente él lleva en México? ¿Sacrificarla? Jamás. No obstante, consiente en ponerse anteojos. A instancias de Salm, terminar por aceptar la idea de la fuga. A condición, sin embargo, de que Mejía y Miramón se salven con él.

Salm tiene su plan. Una vez fuera del convento, se dirigirán a Sierra Gorda, donde Mejía es amo absoluto. Allí se refugiarán hasta que puedan partir para Veracruz. Para salir, se reclutarán algunos hombres. Después de las once de la noche ya no hay patrullas en las calles. Se aprovecharán de eso. Salm hizo que le compraran caballos y pistolas. Y para todo ese asunto ha hablado con un oficial liberal de origen italiano, llamado Borgo. Muchos hombres han sido comprados. Se tomaron todas las medidas para la noche del 2 al 3 de junio.

En el último momento, Maximiliano declara que es imposible partir esa noche. Es preciso aplazarlo, dejarlo para otro día. Un despacho acaba de anunciar la próxima llegada de los ministros extranjeros. En el fondo de él mismo, tiene la convicción de que éstos le salvarán la vida. "¿Qué dirían si no me encontrarán?", le objeta a Salm. "Estarían encantados de saber que estáis en cualquier otra parte", le responde el príncipe. Pero en vano éste se esfuerza, acumula argumentos. Maximiliano se empecina. No quiere oir nada.

*
* *

Llamó en su ayuda a los ministros extranjeros. El de Bélgica, Hoorickx, sale de la capital disfrazado y, en tres días y tres noches, cubre las sesenta leguas que separan a Querétaro de la capital. El 5 de junio se le autoriza a entrar en la celda donde Maximiliano está acostado, vigilado por soldados. El diplomático se siente trastornado a la vista de aquel enfermo presa de "una disentería de sangre" y de una enfermedad

del hígado que "agotan sus fuerzas y parecen querer luchar contra los hombres para llevarse de la tierra esa existencia sagrada tan serena y tan calmada en su desdicha". Lo acoge calurosamente el emperador. Ambos hablan "como antaño en el palacio de la capital". Maximiliano, triste pero sin amargura, suspira en muchas ocasiones. "Fui traicionado, engañado y robado por todo el mundo, y finalmente me vendieron por once reales". Pero con una sonrisa, añade: "Todo está perdido, excepto el honor". Habla mucho de Europa. Y también de su familia, de su madre, de la emperatriz. "No me atrevo a escribirles por temor de causarles una pena a esos dos seres tan queridos que a mí nunca me causaron ninguna, y además sería cruel mantenerlas en la perplejidad. Por otra parte, mi confesor les escribió para prepararlas..."

Habla francamente y toma con frecuencia la mano del diplomático entre las suyas. Hoorickx, conmovido, y sabiendo que le han quitado a su médico, le propone espontáneamente compartir su cautiverio para cuidarlo. No, le responde Maximiliano dándole las gracias, porque hay cierta seguridad de que le devolverán al doctor Basch, y el ministro belga podrá hacerle más servicios fuera.

Llega también el barón Magnus, embajador de Prusia; los representantes de Austria y de Italia, Lago y Curtopassi; el cónsul de Francia, Forest, a falta del ministro Dano que no pudo venir. Pero éste le dio a su colega belga, Hoorickx, gran cantidad de cartas dirigidas a los liberales a quienes les prestó servicios durante la intervención, incluso algunos de ellos le deben la vida y cuenta mucho con su ayuda. Los diplomáticos conferencian entre ellos para examinar los medios de hacer que liberten al emperador. Ni unos ni otros se imaginan que Maximiliano, hermano del emperador de Austria, pueda ser ejecutado. Esos republicanos de América no se atreverán a desafiar así a Europa, creen ellos. El barón Magnus, que considera destinada al fracaso toda tentativa de evasión —esos coroneles a quienes se quiere corromper, ¿no estarán haciendo un doble juego?—, decide intervenir con Juárez y tratar directamente con él. Una visita a Escobedo le hace comprender que el título de embajador de Prusia no cuenta mucho aquí. ¿Prusia? El general ignora a ese país que no reconoce al gobierno de don Benito. Para él "el señor Magnus es un amigo de Maximiliano". Pero por lo demás, podrá ir a San Luis Potosí a ver al presidente.

Los abogados de Maximiliano están en esos momentos en Querétaro. Los cuatro de opiniones republicanas, fueron designados por el mismo emperador. Rafael Martínez de la Torre,

Eulalio Ortega, Jesús María Váquez y Mariano Riva Palacio, padre de un oficial enemigo encarnizado del imperio. Casi no tienen esperanzas. Harán todo lo que esté en sus manos, pero la ley del 25 de enero es formal. Además, los odios están exacerbados por tres años de lucha y se han acumulado los rencores. No obstante, toman a pecho su tarea y, muy vinculados a Juárez, cuentan con la clemencia de éste. Dos de ellos parten para San Luis Potosí.

En la celda del prisionero imperial se suceden las visitas, diplomáticos, juaristas, amigos. Se discuten proyectos de evasión, se juega al dominó y Maximiliano estudia con Salm-Salm algunas promociones para la corte, porque, a pesar de la amenaza que prende sobre su cabeza, se deja llevar a veces a esbozar planes para el porvenir; a veces también a recordar el pasado como aquel día, en que, ante Salm-Salm, habla del pacto de renuncia que Francisco José lo obligó a firmar. Aquel pacto que él jamás aceptó.

Pero también, cuando está solo, lee una de las obras de historia que le fueron devueltas. La vida de Carlos I de Inglaterra.

*
* *

A uno de sus visitantes, el abogado norteamericano Frederic Hall, Maximiliano le dice, al evocar los acontecimientos de su reinado: "Quiero deciros todo a fin de que el mundo conozca la verdad". Y afirma que si vino a México, fue porque tenía la convicción de que la voluntad del pueblo lo llamaba a eso. Por lo demás, había especificado en 1863 que no aceptaría la corona sino con esa condición. Cuando se dirigieron a México y en el momento de su llegada, le dijo a la emperatriz: "La diputación seguramente estaba en lo cierto al decirnos que la mayor parte de los mexicanos deseaba nuestra venida". En efecto, dice, "jamás había yo visto en Europa que a un soberano se le recibiera con tanto entusiasmo". Y Hall se siente impresionado por su acento de sinceridad.

¿El asunto del decreto del 3 de octubre? He aquí la verdad: Bazaine, en el Consejo, presionó al gabinete para que tomara medidas rigurosas a fin de reducir la disidencia. El emperador se oponía a ese decreto. "No quería yo firmarlo. Pero todos los ministros me apremiaban y como creía que Juárez había salido del país, terminé por ceder". Hall le pregunta si ha firmado una sola condena de muerte por crimen político. "Jamás", le responde. Incluso había ordenado que el telégrafo

funcionara día y noche. Tenía que comunicársele de inmediato, a cualquier hora que fuese, los despachos que anunciaran capturas de prisioneros, a fin de que él pudiese enviar las órdenes impidiendo las ejecuciones. Tenía el corazón demasiado sensible, y la emperatriz le había reprochado no saber castigar cuando la justicia lo exigía. "Creo, escribe Hall, que nunca he encontrado en mi vida a un hombre tan enemigo de la crueldad. Respecto de esto, tenía sentimientos tan bondadosos como los de una mujer. Y, sin embargo, en el combate era tan valiente como César, como lo pueden testimoniar todos los que lo vieron..."

El norteamericano le hace observar al emperador que el Tratado de Miramar lo ha colocado en una situación difícil: le otorgaba al comandante en jefe francés todo el poder sobre las operaciones militares, en tanto que al soberano se le tenía como responsable de los actos del ejército. "Sí, lo sé bien, respondió Maximiliano, y casi siento vergüenza por ello; pero si me sometí a las cláusulas de ese tratado, fue porque pensé que sería ésa la mejor actitud para el bien del país". Para él, lo que que está por encima de todo, es el bien del país. Quisiera ver a México, tan rico en recursos de toda índole, avanzar rápidamente en el camino del progreso. Ningún odio existe en él contra Juárez: "Creo que es un hombre de bien". Y jamás pronunció contra él una palabra dura o perversa.

Cuando llega el momento de hablar del proceso que va a empezar, Hall deja entrever la posibilidad de que el gobierno lleve el asunto ante el Congreso: "Si esto puede ser así, no temo nada, declara Maximiliano. En ese caso me defenderé yo mismo, sin abogados". Y con una pequeña sonrisa dirigida a su interlocutor: "Probablemente tendré necesidad de un jurista para que explique algún punto de la ley, pero yo me encargaré del alegato". Cuando Hall le llama la atención sobre algunos artículos de la Constitución mexicana que podrían estar a su favor, los subraya con un trazo de lápiz rojo, los lee lentamente y se excita. Nadie se los ha señalado hasta estos momentos. Manda buscar al señor Vázquez, uno de sus abogados, y en el momento en que llega, le comunica lo que le dijo el hombre de leyes norteamericano respecto de la anticonstitucionalidad de algunas leyes. El señor Hall tiene razón, responde Vázquez, pero como el gobierno actúa en algunos sentidos contra la Constitución, no puede saberse qué postura tomará a propósito de estas cuestiones. Los defensores de Maximiliano han decidido, por otra parte, atacar las leyes considerándolas contrarias a la Constitución, de acuerdo y sin saberlo, con Hall.